

otra parte, costará mucho entrar de lleno en la democracia, ya que siempre habrá políticos deseosos de continuar con el viejo régimen basado en las enseñanzas de Maquiavelo, independientemente de lo que desee la opinión pública. Continuarán las corrupciones y maquinaciones del poder así como los pactos ocultos con los caciques

locales, pero ya no se podrán hacer a plena luz del día. Es decir, lo único en lo que habría cambiado el país sería en que ahora, pese a que se puede seguir gobernando de forma despótica, se deben cuidar las apariencias.

Juan Patricio Lombera

Los libros en Europa

Cinco caras de la modernidad, Matei Calinescu. Traducción de Francisco Rodríguez Marín. Prólogo de José Jiménez, Tecnos Alianza, Madrid, 2003, 325 pp.

La idea de modernidad, como explica el autor, es tardomedieval, o sea antigua. El arte, a partir de ella, se ha debatido entre las trascendencia de lo permanente y la inmanencia de lo transitorio, entre el arquetipo y la historia. Un trasfondo religioso —la posibilidad de regenerar el tiempo a partir de la llegada del Mesías— alienta el curso de estas tensiones, propias del Occidente que se problematiza, se fecha y se critica.

En esta nueva edición de un texto ya conocido en castellano desde 1987, Calinescu trabaja a partir de que somos fatalmente modernos, o sea que estamos siempre instalados en un presente que emerge del pasado, nos gusten más o menos el uno o el otro. Otra cosa es la modernidad como valor estético, que alcanza su exasperación con las vanguardias, ultramodernas, situadas en un futuro profético que es como la hipertrofia del presente y su negación

Otras antinomias que sostiene el texto son la decadencia como opuesta a la vanguardia, y el arte falso o *Kitsch* como lo contrario del

arte auténtico y veraz. Calinescu, paciente y ordenado expositor del estado de la cuestión, señala lo que estas categorías tienen de mera apariencia y de sustancia aprovechable. Lo mismo acerca de si estamos o no en un momento posthistórico (Gehlen) o postmoderno (Toynbee), lo cual replantea la cuestión axial del discurso, es decir: ¿es posible no ser moderno o es fatal ser moderno?

Calinescu ha conseguido un texto informado, ameno y acuciante, que puede tomarse como base de estudios introductorios pero asimismo como ensayo de un recorrido por algo que se caracteriza, como la modernidad, por estar constantemente poniéndose en cuestión y no admitir limitaciones previas.

Los años dorados de la sociología (1945-1975), Josep Picó, Alianza, Madrid, 2003, 470 pp.

Con intenciones didácticas y bibliográficas, el profesor Picó ha diseñado un muy cumplido itinerario de las ciencias sociales entre la posguerra de 1945 y la eclosión de la postmodernidad a mediados de los años setenta. Para ello ha recorrido distintos escenarios: principalmente el mundo anglosajón, Fran-

cia y Alemania. Se ha encontrado con un universo complejo y polémico, que ha ido desglosando con buen orden y nitidez.

En los países anglosajones ha dominado el empirismo, con una escueta base teórica, y una fuerte vinculación entre sociología y política, en el sentido de que los gobiernos han considerado los aportes de las ciencias sociales a la hora de planificar y decidir. La escuela francesa, fuertemente anclada en las enseñanzas de la sociología de la emulación, la institución y la herencia, sufrió una crisis con la guerra y fue refundada, prácticamente desde cero, en la postguerra. En Alemania se dieron fuertes reflexiones teóricas sobre la sociedad y prosperó la escuela crítica de la sociedad, que asimilaba la filosofía a una disciplina de carácter social. El nazismo tronchó la continuidad que fue repuesta tras la guerra.

Estamos, pues, en terreno polémico, como no puede ser menos, porque la sociedad no es un objeto ajeno al científico que la estudia, dado que él es asimismo un ente asociado a dicha sociedad. Picó se hace cargo de tal sesgo y así asistimos a las discusiones entre marxistas y positivistas, empiristas y hermeneutas, estructuralistas y existencialistas, formalistas y funcionalistas. El culturalismo, la teoría de la acción social, las críticas de índole marxista o liberal, el constitucionalismo social, son los

tópicos materiales de la investigación. Pero hay también asuntos teóricos más abstractos: la epistemología de lo social, las cuestiones de método, la ideología, la sociedad industrial/postindustrial, la desaparición de las religiones secularizadas, la hermenéutica de la sociedad entendida como discurso de la sociedad.

Nada parece quedar fuera del espacio propuesto y este carácter abarcativo, manejado con distancia y objetividad, unido a una selvática exposición de fuentes, son los pilares de este libro de lectura fluida y de utilidad sintética.

A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil, *Michael Seidman. Versión castellana de Pablo Sánchez León, Alianza, Madrid, 2003, 388 pp.*

La ingente bibliografía sobre la guerra civil española, calculada en unos 20.000 libros, se acrecienta en nuestros días por una tendencia revisionista que trabaja en distintas direcciones. Seidman, profesor de historia en Carolina del Norte, se encamina hacia una vindicación del individuo y el caso frente a las doctrinas clasistas, y apunta a cuestionar la imagen de que dicha guerra fue un enfrentamiento entre la oligarquía y el pueblo.

A tales fines, aparte de un solidísimo apoyo bibliográfico y documental, piensa constantemente en términos de comparatismo, teniendo en cuenta la guerra norteamericana entre el Norte y el Sur, la contienda inglesa del siglo XVII, la defensa de la Revolución Francesa y el conflicto entre rojos y blancos tras la Revolución Rusa de 1917. Similitudes y diferencias aportan perspectivas novedosas.

En general, Seidman sostiene lo que otros colegas: más que ganar la guerra los insurrectos, la perdieron los leales. Éstos contaban, al inicio de las hostilidades, con más soldados, medios financieros, víveres e industrias. Su organización, cuadros técnicos militares y coherencia política interna, resultaron sensiblemente inferiores a los de Franco. Por debajo, se advierte una sociedad mayoritariamente apolítica, indiferente a los choques sociales e ideológicos de la dirigencia, pero con estructuras partidarias y sindicales muy fuertes. La República tuvo, al comienzo, el apoyo de ciertas masas urbanas rodeadas por un campesinado más bien abstinerente. Lo fue perdiendo por el derrotismo, la corrupción y la fatiga que llevó a desertiones y a treguas informales. No pudo alimentar a sus ejércitos y, tras la caída del Norte, tuvo una posición defensiva con escasas excepciones como Teruel y el Ebro, lo cual llevó a la autoprotección de

pequeños núcleos y a la indisciplina creciente.

Si hubo lucha de clases en España, acota Seidman, se dio entre una burguesía coherente y un proletariado incoherente, dividido entre socialistas, comunistas y anarquistas, con pocos puntos en común. En el medio, crímenes colosales, heroísmo, cobardía y mercado negro. Las guerras, si no consiguen la imposible identificación de una sociedad con la ideología dominante—esto, según Seidman, obviamente ningún sistema histórico lo ha logrado—exacerban los extremos de la condición humana, entre lo sublime y lo esperpéntico.

La guerra civil española se aleja en el tiempo y provee a las miradas de la distancia y la frialdad que hacen falta para tratar de entender algo que, visto de cerca, conmueve y empuja hacia la toma de posiciones. Seguramente, los republicanos militantes se verán deslucidos por las incoherencias de los suyos, que tanto favorecieron a los enemigos. Los franquistas tampoco se exaltarán leyendo estas páginas de ponderado tono documental, ya que no se explicarán por qué azar tantas cosas les salieron bien a los suyos. Racionalidad y casualidad, sobre una base de impulsos primarios, se alternan en la vida de los hombres, a menudo ilustrada por los ríos de sangre que diseñan la geografía de las guerras.